

Meeting de Rimini – 24 agosto 2023.

P. Mauro-Giuseppe Lepori OCist.

La amistad que nunca muere

La profecía de Takashi y Midori Nagai

La vida de los amigos de Dios, o si lo preferís: de los santos, es siempre profética porque personifica y pone de manifiesto lo que el Espíritu de Dios quiere anunciar al mundo, a una época, a una contingencia histórica dentro de la cual la humanidad, a menudo extraviada, busca orientarse hacia su destino bueno. No es un aspecto menor de la misericordia infinita del Señor sorprendernos con signos proféticos más que evidentes cuando nos encontramos más perdidos, cuando la desorientación del hombre es particularmente trágica y sombría.

La humanidad olvida con frecuencia los signos proféticos cuando cree que la situación dramática ha pasado, porque desaparece la agitación que provoca en la superficie de la convivencia humana. La humanidad cree que puede vivir tranquilamente, no porque haya comprendido la profecía que soluciona la tragedia, sino porque ésta, con diabólica astucia, ha vuelto a actuar en lo profundo del cuerpo social y cultural, como una enfermedad oculta que corroe este cuerpo sin que el mismo sea consciente de ello.

Cuando leí la autobiografía de Takashi Paolo Nagai y otros escritos suyos, me embargó sobre todo el desconcierto de ser yo también una célula de este corazón sin memoria, distraído, que ha podido vivir sin recibir el eco de esta profecía expresada en la cúspide de la tragedia humana quizá la más terrible de toda la historia, la tragedia que culminó con la destrucción atómica de Nagasaki, poniendo fin a un desencadenamiento de maldad, de Mal, que exterminó a millones de personas y destruyó siglos de cultura, dejando heridas y purulencias que aún hoy siguen haciendo sufrir y morir a pueblos y naciones.

Nagai ha interpretado la bomba atómica sobre Nagasaki como una expiación extrema querida por Dios. Causó sensación el discurso que Nagai pronunció delante de la catedral en ruinas de Urakami. Dijo: "Creo que fue Dios, su providencia, la que eligió Urakami y trajo la bomba precisamente sobre nuestros hogares. ¿Acaso no hay una estrecha relación entre la destrucción de Nagasaki y el fin de la guerra? ¿No fue acaso Nagasaki la víctima elegida, el Cordero del sacrificio inmolado, para ser ofrenda perfecta sobre el altar, tras todos los pecados cometidos por las naciones en la Segunda Guerra Mundial?"

Estas palabras, esta conciencia, son el compendio de la profecía personificada por Takashi Nagai y su esposa Midori, de la profecía que no deberíamos dejar de escuchar, de la que deberíamos dejarnos penetrar para no *vivir sobreviviendo* las

tragedias del mundo, para no vivir por encima de las tragedias del mundo, pasadas o actuales, como si pasáramos por encima de ellas inconscientes, ignorantes, indiferentes. Como esos sepulcros de los que Jesús dice que hay gente que “camina por encima sin darse cuenta” (Lucas 11,44). Y esto sucede cuando proseguimos el camino de la vida sin la memoria de un significado, de un sentido que incluso aun después de las peores tragedias devuelve a nuestra existencia una dirección orientada hacia su buen Destino, un sentido y una dirección que permitan construir el presente de toda la humanidad, para que tenga un futuro y sobre todo para que tenga eternidad.

Con frecuencia nos preocupa tener un futuro, pero no la eternidad. Un futuro cronológico en el que nuestros tesoros terrenales puedan seguir encontrando un puesto reservado. Nos preocupamos más de tener herederos que de tener hijos, de tener guardianes de lo que poseemos, más que de hijos que vivan de la vida que les transmitimos. Quien tiene un sentido, un significado, construye incluso sobre ruinas, como hizo Nagai. Quien no tiene sentido no construye, es más, destruye también las casas sobre la roca que hereda de un pasado en el que toda la vida de un pueblo era cultura que transmitía significado a través de las múltiples expresiones de lo humano. Nagai también es profético en cómo ha pensado sobre el futuro de sus hijos y en el futuro de su pueblo, y en nuestro futuro, el futuro de la humanidad.

Pero precisamente por esto, por este "desierto atómico" en el que nos encontramos viviendo, incluso si fuera por responsabilidad nuestra, precisamente por esto la profecía de Takashi y Midori Nagai nos es particularmente donada, se ofrece a nuestra libertad y a nuestra necesidad, como signo amoroso del Eterno preocupado por el tiempo, por nuestro tiempo que corre el riesgo de disolverse en la nada, que corre el riesgo de disolverse en una vana destrucción, en una destrucción en sí misma. Nagai, sobre las ruinas, sobre la pulverización de su ciudad, que coincidía con la ruina y la pulverización de todo lo que había construido durante su vida, que coincidía, literalmente, con la pulverización de su esposa, Nagai, sobre este polvo blanco en que se había convertido todo a su alrededor, ha desempeñado, por así decir, un papel sacerdotal y profético. Llevó en sus manos y en su corazón toda esa aniquilación, e invocando al Espíritu como lo hizo Ezequiel en el valle lleno de huesos secos (Ez 37,1-10), pero como Cristo hizo aún más, muriendo en la Cruz, Nagai lo ofreció todo. Entonces todo se convirtió en el sacrificio del Cordero inmolado, sacrificio de amor, de un amor que no es el nuestro, porque nuestro amor por sí mismo no resiste la destrucción de lo humano.

La Cruz es la única profecía que se cumple y que siempre puede cumplirse. Porque es la profecía que se cumple en la Resurrección. La Resurrección no es sólo una restauración, no es sólo una reedificación. La Resurrección reconstruye de la nada.

Desde lo alto de la Cruz y elevado a la derecha del Padre, Cristo reconstruye el mundo entero pulverizado por el mal, el pecado y por la muerte con una fuerza nueva, una fuerza de lo alto. “Y he aquí – dijo Jesús a los discípulos antes de ascender al Cielo –, que envío sobre vosotros aquello que mi Padre prometió; pero permaneced en la ciudad, hasta que no quedéis revestidos del poder de lo alto” (Lucas 24:49). La potencia de lo alto que Jesús promete prometiendo el Espíritu Santo no es sólo una fuerza que desciende de lo alto sobre nosotros: es una fuerza, una potencia, que nos atrae desde lo alto, nos aspira, nos eleva, y con nosotros todas las cenizas a las que se reduce el mundo humano.

Por ello, una de las promesas más poderosas que Cristo expresó en su vida fue cuando exclamó, poco antes de su Pasión: “Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré todos a mí” (Jn 12,32). Anunciaba la potencia divina del amor que de su muerte en Cruz habría levantado y reconstruido a la humanidad, atrayéndola desde las alturas de su glorificación pascual.

Pero ¿qué es esta fuerza capaz de atraer a todos sino *la amistad*? La amistad es la más poderosa fuerza de atracción que una persona puede ejercer sobre otra. Sobre todo, la amistad es la gran fuerza de atracción que Dios ejerce sobre el hombre, sobre toda la humanidad. Una fuerza que ha creado al hombre a imagen de un Dios que, como felizmente se atrevió a definirlo el abad cisterciense del siglo XII San Elredo de Rievaulx, El mismo es Amistad (*De amicitia spirituali*, final Lib. I).

Somos creados atraídos por un Dios atraído por nuestra miseria, por nuestra nada. Una nada llamada a ser lo que Dios es en sí mismo, a ser amistad con Dios. Nada de lo creado existiría si en el origen no estuviera la loca atracción en Dios de nuestra nada. ¿Entendéis? Nada existía, y Dios amó esta nada y la atrajo hacia sí, la atrajo hacia su amistad, con su caridad, por pura misericordia. La misericordia es el Todo que atrae la nada a sí para que todo se convierta en el fuego de su Amor infinito.

No debería, por tanto, sorprendernos que, incluso después de la aniquilación nuclear de Nagasaki, en total desesperación y al límite de sus fuerzas físicas y psíquicas, en coma, Takashi Paolo Nagai pudo percibir esta atracción de Cristo capaz de hacer resucitar no sólo esa ciudad destruida, sino el mundo entero destruido por dos guerras mundiales.

“El silencio era total. No se oía ningún sonido ni había signo alguno de vida en el desierto atómico. Hacia el este el cielo se volvía cada vez más luminoso. Parecía que la luz de la esperanza llegaba para iluminar las tinieblas de la desesperación. Se quedó esperando mientras el corazón se despejaba. En el silencio escuchó una voz potente que susurraba: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24,35). Era la voz de Jesús.” (Lo que no muere nunca, Ed. Encuentro, pag.320).

Pero ¿qué palabra más poderosa que la aniquilación de todo, del desaparecer del universo entero, del cielo y de la tierra, puede Cristo susurrarnos si no se trata de la palabra que nos expresa su amor y nos ofrece su amistad? “Nadie tiene mayor amor que este: dar la vida por los propios amigos. Vosotros sois mis amigos” (Jn 15,13-14). “Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?” (Jn 21,17). Simón, ¿eres mi amigo, como yo lo soy por ti, dando mi vida por ti?

Son palabras de Cristo como éstas las que nunca pasarán, que nunca podrán pasar, porque su amistad es eterna, sin arrepentimiento, sin límites. Todo puede pasar, todo puede derrumbarse, todo puede morir, pero la amistad de Dios con el hombre nunca pasará, no morirá nunca. ¿Por qué? Justamente porque la muerte de Jesús es el acto supremo de su amistad. Por esta razón, en el culmen abismal de la tragedia de la historia y de su vida, Nagai percibe que todo puede pasar, todo puede destruirse, pero no la potencia regeneradora de la amistad de Cristo resucitado de entre los muertos.

Entonces Nagai intuye que lo que le queda por vivir hasta el final es dejarse atraer al Señor por la fuerza de Su amistad, y que esto tendrá, es más, *será* la fuerza y el poder para reconstruirlo todo desde las cenizas. Sólo tendrá que ofrecerse como signo vivo del atractivo de Cristo, de la fuerza amiga que desde arriba reconstruye todo, que desde arriba regenera a todos.

¡Qué punto de apoyo de amistad universal ha sido Nagai en los seis años que podrá todavía vivir! No se limitó a *sobrevivir* a la bomba, esto habría sido insoportable para él y sin sentido después de haber perdido todo. Takashi *vivió*, y con plenitud, con una intensidad extraordinaria, con una conciencia de la vida multiplicada por la conciencia de lo que nunca muere, de lo que hace que la vida sea eterna incluso cuando se pierde todo, incluso cuando se muere. Vivió con el corazón siempre atraído por Aquel que atrae a todos desde la Cruz y el Cielo. Y así, Nagai atraerá a todos hacia él, pero en realidad hacia Cristo, desde las personas más sencillas y pobres, hasta el emperador de Japón y el Papa. Su persona, en una total pobreza material y fragilidad física, se convertirá en el profeta de la reconstrucción de las ruinas destruidas, según la promesa de Dios a Isaías:

“El Señor te guiará siempre y en las sequías saciará tu alma, dará vigor a tus huesos; serás como un huerto regado y como un manantial cuyas aguas no se secan. Tu pueblo reconstruirá las ruinas antiguas, reconstruirá los cimientos de las generaciones pasadas. Te llamarán reparador de brechas, y restaurador de calzadas para que sean habitadas”. (Is 58,11-12)

En definitiva, el profeta de la amistad de Dios construye espacios y tiempos en los que un pueblo pueda revivir, personas unidas por una cultura orientada hacia lo alto porque es atraída por una amistad más grande de todos y de todo.

Pero, justamente, encontrándose a vivir esto, a vivir así, viendo su vida tan potentemente atraída a la amistad de Cristo, Takashi se da cuenta como nunca antes que todo este milagro, transparencia al milagro del ser, de Dios que hace todo de la nada por amor, todo este milagro no sería posible, no se sería consciente de ello, sin la amistad más bella y noble de su vida: la de su esposa Midori.

No debería haber hablado hasta ahora sin hablar de ella. No se puede hablar de Takashi Nagai, no se puede hablar de su vocación, de su misión, mucho menos de su santidad, sin implicar a Midori, sin hablar de la vocación, de la misión y de la santidad de Midori. Sin Midori, sin su "sí" a Cristo, sin su fe, sin su oración ardiente de esperanza contra toda esperanza, sin su caridad, en definitiva: sin su amistad con Cristo y en Cristo con Takashi, creo que hoy nadie hablaría de Takashi Nagai, lo consideraría vivo y amigo de la vida.

Hay santidades que encarnan la santidad del Espíritu Santo, es decir, una santidad escondida, como a la sombra del Padre y del Hijo. Y, sin embargo, sin el Espíritu Santo no habría ninguna santidad, no habría ninguna caridad, no habría la Encarnación del Verbo en María, no existiría la Iglesia, no existirían los sacramentos, la Palabra de Dios, el testimonio, la fe, la esperanza. Sin el Espíritu Santo ni siquiera habría Dios, Dios no sería Uno y Trino, no sería Amor. Así, Midori es un poco de todo esto en la vida y en la santidad de Takashi Paolo Nagai y tenemos que ser conscientes de ello, porque no entenderíamos nada de Nagai sin su esposa.

Midori implicó a Takashi en la amistad de Cristo, esa amistad sin la cual ningún testimonio, ni siquiera heroico, ninguna sabiduría, incluso sublime, ningún sacrificio, aun de la propia vida, serían profecía, porque no serían testimonio de Otro, sabiduría de Dios, sacrificio de Cristo, único que redime y salva al mundo. Cuando San Pablo, en el capítulo 13 de la primera carta a los Corintios enumera toda la vanidad e inutilidad de cualquier obra y virtud en la que faltara la caridad, habla precisamente de esto, porque la caridad es la amistad de Dios.

En todo el recorrido de conversión y de fe que Nagai describe en su autobiografía, Midori tiene un papel que prácticamente se limita a la oración y al amor. Sólo unas pocas palabras o unas sencillas acciones emergen, como la fugaz onda de una ola, de este río tranquilo de oración y amor. Pero es precisamente este río que no se hace notar lo que permite a la barca de Nagai realizar un largo y laborioso viaje hacia el mar. El río lleva la barca al mar porque ciertamente, en profundidad, el río ya alcanza el mar desde el brotar de su fuente. Midori llevó a Takashi a una cumbre de testimonio y sacrificio de sí por la humanidad que su esposa ya venía viviendo desde que la conoció en la casa donde vino a vivir cuando era estudiante. Tan es verdad que la lectura sacrificial y eucarística que Takashi expresó sobre la destrucción de Nagasaki no fue sino la aplicación a toda la ciudad de lo que vio en Midori, tanto antes como después de su muerte.

¿Qué amistad le ofreció y le enseñó Midori a Takashi Paolo Nagai? No es una pregunta trivial, porque es como preguntarnos: ¿de qué tipo de amistad necesitamos todos ante la destrucción y la muerte, dejando que venzan la vida y el amor? Porque delante del páramo atómico, Nagai, a pesar de entregarse heroicamente para lograr poner a disposición de los supervivientes sus cuidados médicos, en realidad no fueron sus aptitudes humanas y profesionales las que le convirtieron en profeta de una vida que nunca muere. Takashi, sobre todo y esencialmente, ofreció a través de su persona y de sus escritos que lo expresan, una relación distinta con todos. Siguió a Midori en el ofrecer al mundo la dilatación de una amistad con Dios que ninguna muerte, ninguna destrucción, ninguna aniquilación, ningún pecado, podrán nunca disminuir y vencer.

A menudo nos desanimamos ante el espectáculo del mal, del odio y del desprecio del hombre y de la vida. Nos preguntamos cómo podemos superarlo, qué lucha tenemos que llevar a cabo. Quizás baste recordar que las palabras de Cristo no pasarán nunca y que son palabras de amor. "Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios, de hecho, no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve a través de él." (Jn 3,16-17)

¿Ofrecemos al mundo, esté como esté, sea cual sea el estado en que se encuentre, el amor de Cristo? ¿Amamos al mundo, a este mundo pobre, con el amor de Cristo? ¿Ofrecemos y transmitimos al mundo la amistad de Cristo?

Midori nos enseña, con la fe profunda y decidida, es decir, plenamente libre, que le ha sido transmitida de sus antepasados mártires, que el método de esta amistad, su sustancia y su luz, consiste esencialmente en rezar y amar, rezar amando y amar rezando. La Virgen, al pie de la Cruz, no hizo más, no ofreció más a su Hijo crucificado y a todos los hijos a quienes Jesús al morir la convertía en Madre.

El santo cura de Ars decía a sus feligreses: "El tesoro del cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia dónde está nuestro tesoro. Esta es la bella tarea del hombre: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo."

Proponía esta disciplina, esta ascesis, no para formar creyentes piadosos y correctos, sino para permanecer en amistad con Dios, y así llegar a ser hombres y mujeres atraídos y atractivos en esa fuerza de regeneración del mundo que es el amor de Cristo.

Midori fue para Takashi el signo y la prueba encarnada de la amistad de Dios que todo ser humano está llamado a manifestar como una vidriera que exalta la luz con una transparencia siempre personal. La transparencia de la santidad, es decir, de la caridad.

El relato del episodio que resume toda la amistad de Midori por Takashi dentro de su amistad filial con el Padre y la amistad sponsal con Cristo deberíamos de aprenderlo de memoria como una oración. Es una de las páginas más conmovedoras que nunca haya leído sobre cómo la amistad humana, al igual que debe de ser la relación matrimonial, es exaltada cuando la súplica del corazón la lleva y la ofrece al Dios que es en Sí mismo Comunión y fuente de comunión.

Escuchemos este testimonio que Nagai escribió de cómo mirando a su esposa, en una situación humanamente oscura y llena de tristeza, descubrió que estaba frente al arbusto ardiente del Amor sagrado y eterno de la gloria de Dios.

“Le dijo a su mujer que había contraído una enfermedad incurable y que le quedaban solo tres años de vida, a esa mujer cuya única recompensa hasta ese momento había sido la de reducirse a ser tan diminuta, a esa mujer que había luchado tanto con él, en la espera vana de que un día pudiese llegar a ser profesor y poder al menos llevar una vida como los demás. [Midori] abrazó fuerte al niño y se quedó escuchando inmóvil. Después de que él terminara de hablar, se quedó quieta durante algunos instantes y después de ello se levantó, se dirigió hacia el pequeño altar que tenían, encendió una vela y dirigiéndose al crucifijo empezó a rezar. [Takashi] la miró impotente. Su pensamiento se dirigió a Getsemaní, a esa escena de sufrimiento y de oración en vísperas de la muerte, cuando Jesús, sudando sangre, dijo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). Esta mujer –pensó– que hasta ahora ha llevado una gran cruz, de hoy en adelante tendrá que llevar una cruz todavía mayor. La espalda de su mujer temblaba a la luz de la vela mientras rezaba. Le pareció algo profundamente sagrado. Ella bajó la cabeza. Al terminar de rezar fue a sentarse frente a [Takashi] y, sonriendo, dijo: «Ya vivamos, ya muramos, ¡es para gloria de Dios!» (Lo que no muere nunca, Ed. Encuentro, p. 297-298).

¿Puede haber una amistad más real en el tiempo, grande en el corazón y eterna en el Cielo, que la de reflejar sobre el amigo, con lágrimas en los ojos, toda la gloria de Dios en una sonrisa?